

Jordi Coca

California



JORDI COCA

California

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Institut Ramon Llull

Versión castellana del autor, revisada por Anna Carreras

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2016

© Jordi Coca, 2016
Autor representado por Asterisc Agents
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 14668-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-262-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*The stain of love
is upon the world.*

WILLIAM CARLOS WILLIAMS
A Love Song

*A la memoria de Miquel Bauçà
y para la pequeña Bruna*

Los amigos de Denver

Por aquel entonces California era un sueño. Recién separado de Lourdes y esperando a decidir qué hacía con mi vida, vegetaba en un pisito angustioso y prácticamente vacío. Tenía treinta y cuatro años, y, aparte de las clases en la universidad, preparaba un libro sobre el paisaje en la pintura norteamericana del siglo XIX. También estaba pendiente de que se concretase la oferta de mi colega Henry Burton para pasar un semestre como profesor visitante en Berkeley. Anhelaba regresar a Estados Unidos y viajar por la colosal geografía que los pintores de la Hudson River School habían descubierto para el arte en 1820. Finalmente, cuando parecía imposible que aquello se definiera, recibí la documentación de la universidad donde se especificaba que no tendría obligaciones académicas, que sólo debería mantener un contacto regular con el departamento y dedicarme a mi trabajo. De hecho, era lo que habíamos pactado con Henry. Años atrás, yo había visitado tantos museos y me había sumergido en tantos ensayos sobre el tema que, en ese momento, sólo necesitaba regresar a la naturaleza y ensimismarme con la magnificencia del Oeste norteamericano. De modo que aquellos meses de independencia me cayeron del cielo y pensaba dedicarlos a respirar y a vivir. Y a finales de junio de 1992 volaba hacia mi paraíso.

La primera escala fue Denver. La elección de esta ciudad no tenía nada que ver con Jack Kerouac y su vida en la carretera. Para mí la generación *beat* no significaba demasiado y tanto Kerouac como Neal Cassidy —o bien Anatole Broyard, George Mandel, Chandler Brossard y el resto de la

pandilla, como Carls Solomon, que cuando era pequeño se había hecho famoso por su memoria prodigiosa— no pasaban de ser unos chapuceros más o menos dotados para la literatura y el jolgorio. Yo adoraba a otro vagabundo místico, alguien que era el origen de lo que vino después: el gran Walt Whitman y su recogimiento ante la naturaleza; Whitman, si se me permite decirlo de un modo un poco cursi, siempre llevaba hojas de hierba en el bolsillo.

La elección de Denver para iniciar el viaje estaba relacionada con mi amistad con George y Kate. Los conocía desde hacía años, de viajes anteriores, y me habían dicho mil veces que pasase unos días con ellos. Ella era la típica norteamericana rubia de rostro saludable, y él era alto, corpulento y simpático. Ambos tenían la irreductible convicción de que su país era poderoso porque delante de cualquier otro valor estaba la libertad personal. Desde el punto de vista europeo esto los hacía contradictorios ya que tanto podían parecer unos discretos defensores del derecho a tener armas de fuego como profundamente solidarios con la comunidad, creyentes con ciertas restricciones morales privadas y, al mismo tiempo, sorprendentemente autoindulgentes. Eran un poco mayores que yo, tenían dos hijas de quince y trece años, y vivían en Park Hill, un barrio de casas con jardín donde se había puesto en marcha un ensayo de integración racial entre gente de color, hispanos y anglosajones. George era profesor en la Universidad Johnson & Wales y Kate traducía literatura y ensayo, tanto del catalán como del castellano, y documentos oficiales que no le interesaban para nada pero que eran una de sus principales fuentes de ingresos.

Cuando llegué al aeropuerto me di cuenta de que lo habían organizado todo a la perfección. Kate estaba risueña, contenta y feliz, y, moviendo las manos con precisión, me informó de que primero me convenía un poco de reposo, que tenían prevista una especie de fiesta para la noche del día siguiente, que las chicas compartirían una habitación y yo tendría para mí la que estaba decorada en tonos pastel

y era de la hija mayor, Betty, que lo de comprar el coche también estaba preparado...

George era más alto que yo, tenía las facciones grandes, y además de enseñar literatura vivía con pasión el bricolaje y era hábil en todo tipo de gestiones. De hecho, además de visitarles y pasar dos o tres días con ellos, el proyecto era que George me ayudase con la cuestión del vehículo y después, yo solo y casi siempre en línea recta, terminara de cruzar Colorado, subiera hasta Salt Lake City, atravesara Nevada hasta Carson City y siguiera hacia Sacramento, San Francisco y Berkeley, donde me quedaría todo un semestre. Y al pensar en este viaje evocaba los fantásticos y vivísimos lienzos de Albert Bierstadt en los cuales había bosques excelso teñidos de otoño, con una impresionante variedad de amarillos y rojos, ocasos inmensamente dorados, o escenas nocturnas de unos colonos alrededor de una gran hoguera y al lado de un río... Pero no estaba prevista la aparición de un personaje increíble, de una especie de loco fascinante que no he podido olvidar.

Después del abrazo cordial de George y de la alegría evidente de Kate, que estaba radiante, durante todo el día hubo aquella calidez que ya les conocía de años anteriores y el tipo de honestidad ingenua que siempre me sorprendía. Y durante el viaje del aeropuerto a su casa, la conversación fue agradable y desordenada. Ella me hablaba de las personas a quienes conocería, un antiguo profesor de George, una pintora extraordinariamente sensible que rehuía la abstracción y tampoco se parecía a Hopper, y seguramente también vendría un poeta excelente que habían descubierto hacía poco, que según Kate los tenía *alucinados* por la fuerza de sus palabras y, especialmente, por su mirada tan particular sobre el mundo:

«Si tienes una mirada, generalmente también tienes una voz», me decía Kate volviéndose hacia mí desde el asiento delantero, «pero no siempre tienes fuerza y valentía. Pues Tom Dunkel lo tiene todo. Ya lo verás».

No lo sé. Recordamos la visita en la que nos habíamos conocido durante el congreso sobre la vida cotidiana en la pintura norteamericana del siglo XIX, y, naturalmente, también nos referimos a la presidencia de Bush, que ellos veían literalmente repugnante por todo lo que había hecho en Iraq y en la llamada guerra del Golfo. Entonces no nos podíamos ni imaginar que uno de sus hijos llevaría el mundo hasta el delirio y que aquella primera coalición internacional liderada por Estados Unidos terminaría pareciendo casi un cuento de hadas.

Recuerdo que en aquel momento George y Kate eran pesimistas, decían que el presidente Bush ganaría la reelección porque era hábil y porque la guerra siempre daba sus réditos, y hablaban sin demasiada convicción de Bill Clinton, que finalmente y de modo inesperado terminó ganando. Pero en realidad ni ellos ni yo estábamos interesados en la política. Ellos porque vivían dedicados a sus trabajos respectivos y ocupados con temas que afectaban directamente a la comunidad donde residían, como por ejemplo la integración racial que he mencionado, y yo porque me había desencantado de la mediocridad catalana que únicamente fingía que hacía, y en parte también debido a mis problemas personales. La política, tal y como se planteaba en Catalunya, más bien era una jaula de la que ansiaba huir. Aparte de esto, fue inevitable que me preguntasen por Lourdes y el divorcio, y lamentaron que hubiésemos vendido la casa de Sant Cugat donde ellos habían pasado unos días muy agradables.

«Era preciosa», dijo Kate sonriendo.

«Aún lo debe ser», precisó George. «No creo que la hayan derribado».

«Ya», replicó ella entristecida, «pero es distinto. Ahora no sé quién vive allí...». Y dirigiéndose nuevamente a mí reiteró que le sabía mal que no nos hubiésemos puesto de acuerdo.

Al llegar a su casa percibí la sutil mezcla de aromas que tanto me gustaban. Primero intuías unas agradables e invisibles rosas frescas, en la sala te llegaba una tierna y delicada

fragancia de jazmín, la cocina era una cálida y profunda fiesta de especias y condimentos como el azafrán, el orégano, el jengibre o la pimienta, y las habitaciones parecían ligeramente alimonadas. Pero sus hijas no estaban. Donna, la pequeña, llegaría enseguida, estaba con unas amigas, y Betty no regresaría hasta la hora de cenar.

En la que sería mi alcoba durante unos días me dejé caer en la cama con los ojos cerrados. Sí, me decía, aquello era un sueño. Había conseguido escabullirme del desasosiego que me provocaba mi país y de las tensiones con Lourdes que, por lo que fuera, se había vuelto áspera y desagradable. Parecía mentira, me decía, cómo pueden llegar a cambiar las situaciones y las personas. En la vida nada es estable, y siempre vives cerca de otra conmoción; seguramente en todo aquello yo también tenía mi parte de responsabilidad, pero entonces únicamente aspiraba a aplazar este tipo de juicio para dedicarme a lo que más deseaba: pasear en libertad, ver paisajes, formar parte de la naturaleza, convencerme de que el mundo era grande, como mínimo más grande y más trascendente que mis quebraderos de cabeza.

Debí de quedarme dormido un rato porque, de repente, me despertaron voces y risas que venían de abajo. Donna había regresado, y con ella entró en casa aquella alegría espontánea que la caracterizaba desde muy pequeña. Kate y George siempre decían que sus hijas eran como el sol y la luna. La pequeña era toda alegría y optimismo, se lo pasaba en grande jugando, le gustaba ir en coche, en el colegio decían que era positiva y que sabía establecer fácilmente relaciones cordiales con sus compañeras, que era atenta... En cambio, Betty tenía que esforzarse para resultar mínimamente sociable y siempre que podía se encerraba en su habitación. Leía, estudiaba, pero era evidente que entre la inteligencia espontánea y natural de Donna y el esfuerzo que hacía Betty había una distancia considerable también en los resultados. Tras buscarse una excusa que resultó verosímil porque se había medio enamorado de un chaval bastante mayor que ella, Kate y George llevaron

a Betty a un psicólogo. Durante casi un año fue cada semana, y después decidieron que las visitas serían quincenales. Ella aparentaba llevar aquella terapia con naturalidad y nunca generó tensiones con su hermana. Más bien era lo contrario: la apoyaba en todo, la admiraba, y al mismo tiempo ejercía una cierta tutela de hermana mayor.

Después, al bajar, vi a Donna ayudando a su madre a poner la mesa. Me sonrió, me dio un beso en la mejilla, me preguntó por Lourdes y después, enseguida, siguió ayudando a Kate en la cocina. Hacía un año que no la veía y me pareció muy cambiada. Era la misma personita, pero se había hecho más chica y, en mi opinión, iba vestida demasiado de persona mayor. Pero eso formaba parte de la cultura norteamericana. Naturalmente yo no quería generalizar en este punto ni en ningún otro, ni plantear una teoría sin fundamentos, pero, por lo que sabía, tanto los chicos como las chicas enseguida tenían autonomía y una libertad personal que aquí era impensable. Los padres, incluso unos padres como Kate y George, estaban lejos de los hijos. O por lo menos ésa era la sensación que yo tenía.

En cambio la casa respiraba un cierto aire europeo. Era un auténtico hogar en el sentido más profundo del término, *the home*, como dicen ellos, y eso se notaba en la elección de los muebles y las luces, en las fragancias a las que me he referido, en la disposición de los libros, en las alfombras y los colores de las paredes, en las fotografías de la familia y los amigos, en las plantas de interior y la calidez de la iluminación... Cada una de aquellas cosas parecía contribuir al clima de respeto mutuo que era evidente en toda la casa. Después llegó Betty, que también había cambiado y realmente parecía una joven seria y sin embargo correcta conmigo. Le agradecí que me cediera su habitación durante unos días y me comentó que si algo me estorbaba lo quitaría.

«De ninguna manera», dije yo, consciente de que lo de la habitación había sido cosa de George pensando especialmente en mí y en términos europeos, porque lo más habitual

hubiese sido que yo durmiese en el sofá de la sala y que no se complicasen la vida para nada; pero lo habían hecho y se lo quería agradecer.

Antes de cenar George me llevó a su estudio que, de hecho, formaba parte del dormitorio, separado por un mueble de media altura que por un lado era tocador y por el otro librería, y me enseñó algunos catálogos de coches. Y entonces nos dimos cuenta de un inconveniente que ninguno de los dos había previsto y que a mí me puso muy nervioso: para contratar el seguro del vehículo tenía que tener un carnet de conducir de Estados Unidos. Por un momento me pareció que todo se iba al traste y que tendría que cambiar de planes, pero George insistió en que era una cuestión menor, que al día siguiente por la mañana podría sacarme el carnet, que aquello era únicamente un trámite, y que no habría ningún problema. Después, consideramos qué clase de vehículo necesitaba y cuánto quería gastar. Según él, no habría problemas para venderlo al cabo de los siete u ocho meses que me quedaría en el país. Y, ciertamente, por lo que yo sabía era verdad que poner un anuncio en la revista local de donde vivías era suficiente para activar la venta. A diferencia de Catalunya, allí todo era fácil, ágil y a nadie le apetecía complicar las cosas.

«Y menos en California», dijo George.

Sí, pensé yo, en California todo era fácil.

Al día siguiente por la mañana nos levantamos temprano y George me llevó a resolver la cuestión del carnet de conducir. A pesar de lo que me había dicho, y de lo que ya sabía en relación con la agilidad de las gestiones, a medida que nos acercábamos a la oficina de tráfico yo tenía una cierta reserva y dudaba de que aquello fuese únicamente un trámite. Y aún me inquieté más cuando me confirmó que, efectivamente, necesitaría hacer un examen teórico y una prueba práctica y que no se trataba de ninguna convalidación de permisos. Pero George no andaba equivocado y lo cierto es que no vale la

pena dedicar demasiado espacio a este punto: al otro lado del Denver City Park, que cruzamos por la avenida 23 en dirección al centro, en el cruce entre las calles 26 y Welton, había una de las oficinas de licencias para conducir. Se ve que George había pedido hora y, por lo tanto, enseguida pude leer un par de veces el código de circulación y señalar lo que no sabía o era dudoso. Después de repasarlo cumplimenté el test en un ordenador y, como pasé la prueba, con el coche de George enseguida nos centramos en el examen práctico que consistió en dar una vuelta por aquella misma zona. Escasamente una hora después de haber llegado a la oficina ya tenía el carnet y George dijo que debíamos celebrarlo.

«Igual que en España», le comenté, y él se echó a reír.

Mientras íbamos a un café, que estaba justo al otro lado de la calle, nos congratulábamos de que los servicios funcionasen tan bien, de que tuviésemos buena suerte y, según me recordó George, de que ya podíamos comprar el coche y hacer el seguro. Él estaba tan contento como yo y llamó a Kate para mantenerla informada. Después tomamos café tranquilamente, sentados cerca de la ventana, y le comenté que todavía no me había hecho a la idea de que estaba en Estados Unidos para quedarme ocho meses largos, de que me apetecía conducir hasta San Francisco, de que era agradable la sensación de tener tiempo y disponibilidad, y de que no querría renunciar a aquella experiencia por nada del mundo. Le conté que mientras se gestionaba mi visita, el amigo de Berkeley, Henry, había aceptado un empleo en la Universidad de Los Ángeles para impartir literatura del Siglo de Oro castellano, pero que antes del traslado nos veríamos. Quedaba pendiente la cuestión de la vivienda, que tendría que resolver cuando llegase, pero a través de la universidad sería fácil obtener referencias para alquilar apartamentos...

Hablábamos tranquilamente de estas cosas. George no me preguntaba nada de Lourdes, pero como se conocían quise explicarle cómo había ido el divorcio. De todos modos, y quizás a causa de los kilómetros que me separaban

de mi vida cotidiana, no sabía exactamente qué decir, todo sonaba a tópico y a poco importante, y nada de lo que yo explicaba parecía suficiente para romper una relación como la nuestra: ya no creíamos en las mismas cosas, teníamos intereses diferentes, acabamos relacionándonos con círculos de personas que no se conocían entre sí... George me escuchaba, tomaba café y asentía, y mientras mi voz hacía aquellas consideraciones, yo pensaba que, efectivamente, Lourdes había dejado de tener interés, era como si se hubiese apagado, hablar con ella, comer con ella o dormir con ella, siempre me suponía un esfuerzo. Cuando pensaba o me hablaban de ella, todavía me parecía la chica noble e inteligente que había conocido en la universidad, la de las frases brillantes que tenían la virtud de situar los problemas en el punto justo. Pero a partir de un momento determinado se interpuso entre nosotros una frialdad que en según qué circunstancias derivaba en la aspereza antipática que nos ofuscaba. Y entonces ella fue la primera en verbalizar que no nos hacía ningún bien seguir juntos.

«Hemos conseguido que todo nos separe», me dijo una noche, y tenía razón. Pero no resultó sencillo tener el coraje final porque ambos necesitábamos que aquello tuviese una lógica y no hubiese culpables.

Después, durante meses, sentí que la primera responsabilidad era mía. Admití mi egoísmo, que casi siempre pensaba en mis intereses, y que mi obsesión con Estados Unidos condicionaba demasiadas cosas, Lourdes incluida. De hecho, y no sabía explicar por qué, yo entonces anhelaba estar tranquilo, tener calma, y no me veía con fuerzas para enfrentarme a problemas inconcretos, y, en este sentido, el viaje me alejaba por lo menos aparentemente de ciertas tensiones. Era una huida y una sensación de ganar tiempo, de modo que, sobrevolando el océano a ocho mil metros de altura y a novecientos kilómetros por hora, me decía que de momento era mejor no pensar demasiado en lo que dejaba atrás. Pero mientras tomaba café con George no le explicaba exac-

tamente nada de lo que ahora escribo. Más bien nos movíamos en las ideas generales, no entrábamos en nada que fuese delicado o personal, y celebrábamos la gran hazaña de haber conseguido un permiso de conducir en Estados Unidos en poco menos de una hora.

«Con el carnet de conducir ya tienes mucho...», me dijo él bromeando. «Supongo que eres consciente de ello... Sólo te faltan las ruedas...»

Una de las cosas que más me gustaban de George y Kate era su delicadeza. Siempre actuaban con naturalidad, eran acogedores, y no recuerdo haberles oído decir ninguna inconveniencia. De hecho, tenían algunos problemas que llevaban con una gran dignidad. El padre de Kate, que era militar y vivía retirado en Fort Collins, a poco rato en línea recta yendo por la carretera 87, tenía síntomas claros de demencia senil y vivía con una chica latina que lo cuidaba. Ya hacía años que había perdido a su mujer de cáncer y se negaba rotundamente a dejar la gran casa donde vivía desde hacía tanto tiempo. Yo lo había conocido en un viaje anterior, cuando todavía estaba bien, y lo recuerdo como un hombre alto y afable, con el pelo blanco y perfectamente convencido de que Estados Unidos era la policía del mundo y tenía la obligación de imponer un sistema que, sin duda, era el mejor. A los padres de George no los conocía, sabía que vivían en una pequeña población no demasiado lejana de Denver, que tenían una tienda básicamente de ropa y pequeños objetos de regalo, y que cuidaban a un hermano de George, de poco más de veinte años, que sufría trastorno bipolar y requería una medicación constante para minimizar las crisis que, no obstante, a veces derivaban en violencia y tensiones que le impedían salir de su casa. Por lo tanto, mientras me tomaba el café con George me dije otra vez que mis problemas con Lourdes no eran nada al lado de las desdichas de toda clase que poco o mucho terminan por afectar a todo el mundo. Por tanto, la separación no tenía demasiada importancia y tenía que sacármela de la cabeza.

Después George me pidió si quería conducir hasta donde íbamos a comprar el coche. Quedaba un poco lejos, pero conocía a una persona allí que le garantizaba el vehículo y el mejor precio posible. Y cogimos la autovía 87 dirección norte para salir antes de llegar a Federal Heights. La empresa Chevrolet era un edificio cuadrado de una sola planta, rodeado de un parking gigantesco donde había cientos de vehículos de todo tipo y colores. Yo no habría sabido por dónde empezar, pero George ya había hecho los tratos con su amigo, que era rubio y rollizo, y, nuevamente, todo fue rápido: me quedaba un Chevrolet Camaro del año 1985, morro largo, dos puertas, color verde oscuro y en muy buen estado, que según el amigo de George podría vender sin problema.

«El Camaro es mítico», me dijo el hombre rollizo, «supongo que ya lo sabe. Fue la respuesta al Ford Mustang, y se fabrica desde el año 1967. Es un vehículo de película». Y al quedarme solo en mi coche, dispuesto a seguir a George y regresar a su casa, tuve, efectivamente, la sensación de que estaba entrando en el sueño tan codiciado de volver a California.

Durante gran parte de la tarde circulé solo para acostumbrarme al vehículo y porque me hacía ilusión. Kate me había dicho que no necesitaba ayuda y, con una gran sonrisa, me sugirió que me fuese un rato. De modo que subí hasta la avenida 23, que en dirección oeste cruzaba el gran parque ajardinado donde había un lago, el Museo de Ciencias Naturales y el zoológico. Conducía poco a poco, a ratos casi me paraba, y al salir del parque constaté que Denver era una típica ciudad norteamericana, una enorme extensión de casas bajas rodeadas de pequeños jardines, cruzada por autovías y avenidas y en el centro de negocios de la cual había algunos rascacielos y zonas para peatones.

Adrede me perdí por las calles que rodeaban el parque, que no tenían nada especial, y que a menudo eran más bien feas, con coches aparcados, una acera ancha con carril bici,

y árboles y casas con jardín a lado y lado. Tal y como ya sabía, nadie paseaba por aquellas calles que, vistas con ojos europeos, resultaban deprimentes porque, excepto en algunas vías concretas, no había servicios de ningún tipo. Después giré hacia el sur y, haciendo un arco en dirección oeste llegué a Stonegates, una urbanización medio construida y que parecía realmente fantasmal y sin alma porque se inspiraba en las estúpidas y repetitivas *levittowns*. Norteamérica tenía estas paradojas: una naturaleza majestuosa, ocasos inigualables, un radical proyecto de libertad personal, mucha energía y autoestima, la cordialidad de todo el mundo en la barra de un bar, y finalmente ciudades con una inmensa extensión de reserva, silencio y fealdad.

Conduciendo por una zona que rehuía la linealidad de Denver, veía aquellas casas medio construidas y me decía que el verdadero viaje aún no había empezado, que sólo respiraría por completo cuando dejase atrás a George y a Kate, alejándome simbólicamente de mi mundo. Ellos conocían a Lourdes, tenían referentes de mi vida, y yo buscaba un olvido reparador que me permitiera volver a empezar. Necesitaba prescindir de la poca familia que me quedaba, de Lourdes, de la universidad y del país. No los acusaba de nada, no tenían culpa alguna, pero en conjunto se habían convertido en una cárcel de apariencia amable que era peor en la medida en que parecía cómoda y agradable.

De hecho, el estudio sobre los paisajistas norteamericanos estaba empapado del júbilo que aporta el descubrimiento de una naturaleza grandiosa y el ansia de libertad de pintores como Bierstadt, que por cierto era de origen alemán. Uno de sus lienzos, *Forest Sunrise*, es precisamente un paisaje de otoño en Estes Park, que no quedaba demasiado lejos de Denver, hacia el norte, y que quería visitar al día siguiente. Es el estallido romántico de la primera claridad del día en un bosque antiguo, los troncos aún en penumbras, un ciervo pacíficamente sentado, el fondo luminoso del lienzo... En la obra de Bierstadt todo es exultante, todo

tiene que estar revestido de una majestad inventada, y, sin embargo, nos transmite la verdad de los orígenes y una sacralización ingenua y sincera de la naturaleza que está a años luz de la urbanización triste y en construcción donde me encontraba. Y también tenía presente *Dream of Arcadia*, de Thomas Cole, que en el viaje anterior yo había estudiado en el propio Museo de Denver: un Partenón naturalmente inventado, bosques idílicos, riachuelos...

Cuando regresé a casa, Betty y Donna montaban una mesa con caballetes en el jardín y George instalaba una lámpara en una rama de un árbol. Quisieron saber si el coche iba bien, si me gustaba conducirlo, por dónde había paseado y cómo me sentía después de haberme puesto las ruedas, tal y como ellos decían coloquialmente. Con un optimismo a la norteamericana respondí que todo iba bien, que el coche era fantástico y que había deambulado por la periferia de Denver. Pasé por la cocina a saludar a Kate y después, en la habitación, me tumbé en la cama y cerré los ojos. Efectivamente, me apetecía empezar el viaje, conducir con calma por las carreteras que atravesaban el país, detenerme cuando me viniera en gana y perderme por caminos y senderos en busca de un cerro concreto o de un río que con el deshielo se acaudalaba. Quería seguir punto por punto todos los tópicos de aquella ruta hacia el Oeste y pararme en los moteles de carretera, comer en los restaurantes de las gasolineras decrepitas y encontrarme a mí mismo respirando a pleno pulmón en las inmensas altiplanicies de Wyoming, donde tenía una larga lista de parajes para visitar, como el espectacular Potato Chip Rock o la imponente Old Main, que encontraría siguiendo la ruta hacia Salt Lake City. Ya tendría tiempo para trabajar en el libro, de momento deseaba vivir.

Más tarde me duché y mientras me cambiaba de ropa me llegaban voces del jardín. Parecía como si hubiese mucha gente en casa. Unos reían, los otros hablaban, y el buen tiempo entraba por la ventana. No tenía ni idea de quiénes

eran los invitados a aquella *party*. Compañeros de la universidad, quizás, algún vecino, colegas de Kate, que trataba con un círculo de escritores y traductores... Cuando bajé había una docena de personas hablando y bebiendo tanto en el interior de la casa como en el jardín. Me fui presentando, y conocí a Sarah, una profesora de la universidad, de unos sesenta años, que llevaba el pelo recogido y, sonriente, siempre te miraba a los ojos cuando hablaba; o a Tom, que era alto, rubio, y trabajaba como piloto de America Airlines y vivía en la casa de enfrente. Ya en el jardín conocí a la mujer de Tom, que era más bien gruesa y simpática; al amable Dustin que, a pesar de su juventud –no tenía más de veinticinco años–, ya había traducido dos obras de Calderón, y a la hija del decano, Jenna, que era de Carolina del Sur y parecía salida directamente de una galería de pioneros: alta, con un vestido estampado de flores hasta debajo de las rodillas... Alguien había puesto música *country* muy suave, bebíamos cerveza y coca-cola, yo había traído unas botellas de vino blanco, y después Kate apareció con una fuente de pasta, una bandeja con trozos de pizza, ensaladas y arroz al curry.

Mientras hablaba con la gente, mientras iba descubriéndolos y disfrutaba del sentido del humor de Logan, por ejemplo –que era un viejo profesor de George, ya jubilado, con el pelo blanco y buen aspecto con quien mantenía muy buenas relaciones–, pensé en Lourdes. El viejo Logan se declaraba fanático de los palíndromos y nos recordaba los más clásicos tanto en latín como en inglés. Decía, por ejemplo, *in girum imus nocte et consumimur igni*, o bien *sator arepo tenet opera rotas*, y proponía frases como *rats live on no evil star*, la exclamación *dammit*, *I'm mad*, que según él era fantástica, o el vocablo *tattarrattat* que James Joyce había introducido en el *Ulisses*, o el nombre de algunas poblaciones como Oktahatko, en Florida.

De repente, me apeteció hablar con Lourdes, sólo para decirle que todo iba bien, que George y Kate habían reunido a unos amigos para celebrar mi visita, que estaba a punto de

empezar mi sueño y que lamentaba que ella no hubiese entendido qué suponía aquel viaje para mí. Pero quizá no era cierto que todo hubiese terminado entre nosotros a causa del viaje. Había malentendidos nunca aclarados, pequeños rencores que se acumulaban, maneras diferentes de ver el mundo, relaciones humanas que en ningún caso podían llegar a ser complementarias, intereses opuestos... Y tampoco era verdad que me doliese nuestra separación. Más bien al contrario, más bien sentía que el punto final entre nosotros era un principio, y que quizá con el tiempo podríamos llegar a ser amigos...

Poco a poco, fui conversando con todos ellos. Eran amables, me felicitaban por haber conseguido el carnet de conducir tan rápidamente y poder realizar el sueño de cruzar una parte de Estados Unidos en coche para ver algunos de los paisajes que nos habían dejado aquellos pintores que estudiaba. Se notaba que George y Kate los habían informado, que sabían quién era yo y qué me proponía hacer. En un momento determinado me dije que en Catalunya, en una reunión similar, alguien comentaría que aquel viaje no tenía mucho sentido, y también opinaría que comprarse un coche de segunda mano era una imprudencia, que habría sido más práctico y cómodo ir directamente a San Francisco en avión... Noté que mi resentimiento hacia Lourdes se hacía extensivo al país. Ya no me gustaba nada del lugar donde había nacido, no me gustaba su gente, ni compartía ninguno de los proyectos denominados nacionales. Para mí únicamente era un territorio pequeño, demasiado ufano de sí mismo, incluso un poco ridículo, que justificaba sus defectos y sus carencias evidentes por una supuesta conjura de dimensiones históricas que lo convertía en una víctima inocente a quien compadecer. Pero, en el fondo, tras las grandes palabras sólo había proyectos mediocres y un interés enfermizo por la seguridad y el dinero, hecho que conducía a que casi siempre gobernase la derecha, si a lo que hacían podía llamársele gobernar.

Más tarde apareció aquella pintora de la que me habían hablado, que se llamaba Allison: era menuda, de pelo oscu-

ro, y parecía nerviosa y angustiada. Discretamente, Kate me informó de que estaba enferma y de que a veces se pasaba días enteros en la cama sin poder levantarse, pero que valía la pena conocer su obra.

«Pinta paisajes», me informó, «y ha venido por ti». Y los tres nos sentamos en una de las mesas redondas que estaban al fondo del jardín.

Recuerdo que Allison se quedó mirándome sin decir nada y respondía a mis preguntas con pequeños movimientos de cabeza o estrictamente con monosílabos. Kate se esforzaba para sostener una mínima conversación y propuso un encuentro en el estudio de Allison, para ver los paisajes de los que me había hablado. Yo quise aclarar que no era exactamente un experto en temas pictóricos, que mi interés por los artistas de la Hudson River School tenía otras motivaciones, y que a Thomas Cole y al resto de los artistas posteriores sobre quienes trabajaba los consideraba una síntesis entre las viejas tendencias románticas, un cierto prerrafaelismo, el descubrimiento ingenuo de una vida mítica y en contacto directo con la naturaleza, y el realismo de la vida cotidiana que espoleó la proliferación de las revistas ilustradas y los rudimentos de las primeras fotografías.

Entonces Allison me miró fijamente y me dijo que no entendía de qué le estaba hablando. Yo sonreí, desconcertado, y pensé que aquella mujer, seguramente una exhippie, parecía haber perdido algo esencial en su viaje a través de las drogas y la revolución sexual. Al fin y al cabo, me argumentaba a mí mismo mientras me alejaba de allí con la excusa de ir a por una bebida, los artistas mediocres viven convencidos de que su protagonismo es indiscutible.

Pero, este incidente al margen, la noche era agradable y tanto el grupo de personas como las conversaciones eran fluidas e interesantes. Oí cómo George hablaba de literatura con el viejo profesor Logan y cómo valoraban seriamente las aportaciones rupturistas de Gertrude Stein, la composición cubista de una parte de su obra y el aparente desorden

creativo, minimizado en la *Autobiografía de Alice B. Toklas*. Después el joven traductor de Calderón se interesó por mi viaje y terminamos comentando la profunda coherencia de *El príncipe constante*, de la cual me recitó dos estrofas del soneto a las estrellas. Al cabo de un rato yo hablaba animadamente con el piloto de la American Airlines, fascinado por los misterios básicos de la aviación. Y repetí lo de siempre: que no entendía por qué los aviones volaban.

Más tarde llegaron otras personas, se saludaban entre ellos, me las presentaban y me veía reiterando el tipo de viaje que quería hacer y el interés que tenía por aquellos pintores norteamericanos... En cierto modo, me parecía que estaba en Denver con mis amigos desde hacía días, que el grupo de personas que hablábamos en el jardín nos conocíamos de toda la vida y que las conversaciones de pie, tomando copas y refrescos, se prolongarían infinitamente, de modo que no sería necesario hacer el viaje, o que mi estancia en Berkeley ya había terminado y ahora regresaba. Los miraba y me daba la sensación de que conocía perfectamente bien al viejo Logan, a la profesora Sarah, al joven Dustin, a la hija del decano, que yo veía alta y delgada, a aquella pintora menuda y amargada...

De repente, me di cuenta de que a lo largo del día casi no había comido, de que el cansancio me dominaba y de que tenía una necesidad imperiosa de estar solo. En la cocina, cogí un trozo de queso de la nevera, pan y una coca-cola y me senté a la mesa. A través de la ventana veía el jardín y a los amigos de George y Kate, que en ese momento parecían más cercanos que Lourdes. Y me decía a mí mismo que aquel inmenso país era ciertamente un mundo por descubrir: cumbres inaccesibles y siempre nevadas, acantilados gigantescos y remolinos abismales por donde milenios atrás habían concurrido ríos caudalosos y furientes, bosques inmensos y todavía vírgenes, planicies casi infinitas que debían explorarse bajo el cielo encendido, desiertos estériles y vencidos por el calor... Me pareció que desfallecía, que la fatiga me dominaba y que se me cerraban los ojos. Entonces terminé mi coca-cola y subí a mi

habitación. Mientras me lavaba la cara oía la música del jardín. Necesitaba descansar ni que fueran cinco minutos, pero me daba miedo tumbarme y despertarme justo cuando tuviese que regresar a Catalunya... Durante un instante todo fue absurdo y, sentado en una butaca, con la cabeza apoyada en la pared, di una cabezada.

Cuando volví a bajar al jardín me había reanimado y me sorprendió que aquellas personas continuasen el mismo tipo de conversaciones. Sólo me había ido una media hora y probablemente nadie se había dado cuenta de nada, pero a mí todo me parecía ligeramente extraño. Era como si durante mi ausencia la *party* hubiese quedado en suspenso y al regresar al jardín se volviera a activar. Por ejemplo, Logan todavía hablaba con Sarah, que lo observaba con atención, asintiendo ligeramente, y él tenía el mismo vaso largo de cerveza en la mano derecha y casi en la misma posición que antes. Allison estaba sentada impertérrita, escrutándome con una mirada llena de interrogantes que me parecía rencorosa... Todo aquello sólo era cansancio, claro, pero me ofrecía una perspectiva curiosa de la noche, y durante bastante rato me pareció que yo era un mero observador, que el encuentro de amigos en casa de George y Kate tenía lugar sin tenerme en cuenta, que gozaba del privilegio de estar fuera del tiempo y de verlos desde un espacio diferente en el que podía mirar sin ser visto. Más tarde, desaparecieron Jenna y Dustin.

«Seguramente han ido al *brewpub*», dijo George, y yo solté el comentario, ciertamente inoportuno, de que a pesar de la diferencia de edad quizás había algo entre ellos. Y George, que se sorprendió con lo que yo había dicho, me respondió que él no sabía nada de eso.

Más tarde, ya sin música, vi que Allison se marchaba en un coche negro dentro del cual se veía diminuta, y la gente que aún estábamos en el jardín nos sentamos en un círculo ancho que permitía varias conversaciones al mismo tiempo. Bastante más tarde, llegaron Betty y Donna. Las acompañaba una mujer corpulenta, casi monumental, con el pelo os-

curo. Las chicas nos saludaron con una gran sonrisa y enseguida subieron a su habitación, pero la mujer corpulenta cogió una cerveza de las elaboradas en la región y se añadió al grupo, sin sentarse. Y entonces Kate me la presentó, pero no recuerdo su nombre.

Aquella noche dormí profundamente, como hacía tiempo que no lo hacía, y me levanté con una reconfortante sensación de descanso y pulcritud. El día era claro, luminoso, y desde la habitación oía voces que venían de la cocina. Sin prisas, me dediqué a mi higiene y escogí ropa cómoda. Me sentía optimista, positivo, como si finalmente estuviese a punto de vivir la primera etapa de mi sueño, y en cierto modo era verdad que aquella mañana empezaban a quedar atrás la larga preparación del viaje, las tensiones de la separación y las dudas. Tenía coche, el plan estaba bien trazado, dedicaría el día a visitar Estes Park, después invitaría a cenar a George y a Kate a un restaurante que ellos mismos habían sugerido y que según ellos tenía que conocer... Mientras arreglaba la habitación y el baño, y cogía la cámara de fotos, me decía ilusionado que todo estaba perfectamente a punto.

Pero en la cocina me encontré con una sorpresa: el poeta Tom Dunkel estaba en casa desde las ocho de la mañana. No se había presentado a la *party* de la noche anterior, y en cambio aparecía a una hora impropia de la mañana. Estaba sentado a la mesa de la cocina tomando café, y George y Kate me lo presentaron mirándome de reojo y más bien poniendo cara de circunstancias. A mí me pareció que aparentaba unos sesenta años, quizá menos, y que tenía una retirada a Charles Bukowski. No tenía la cara grabada ni era feo como el autor de *Erections, Ejaculations, Exhibitions, and General Tales of Ordinary Madness*, pero tenía un aire que los emparentaba. Dunkel llevaba el pelo mojado, cuidadosamente bien peinado, y gracias a Kate en poco rato supe que había hecho unas lecturas en la universidad,

que era de San Francisco, que tenía varios libros de poemas publicados por la editorial y librería City Lights de Lawrence Ferlinghetti, que odiaba a los poetas *beats* porque se habían convertido en reclamos turísticos y que su padre era de origen alemán. Y él, que escuchaba a Kate con atención, precisó con una voz casi inaudible que Allan Ginsberg venía de Kenneth Rexroth, y que ambos eran más potables que otros.

«Más potables que la *niña* Marie Ponsot, o el *novelista* Michael McClure», concluyó observándome para medir qué efecto tenían en mí sus palabras, ya que había remarcado de modo venenoso los vocablos *niña* y *novelista*.

«Éstos no los he leído», repliqué yo.

A pesar de ello, entonces no habría sabido decir si Dunkel me caía bien o no. Él me observaba inquisitivamente, pero hacía lo mismo con George y Kate, que lo habían invitado a la universidad y habían hecho posible que una revista de literatura le dedicase un extenso artículo que pude leer aquella misma noche. En cualquier caso yo lo miraba con recelo, y recuerdo haber pensado que Dunkel podía ser peligroso, hecho que se confirmó al cabo de un rato, cuando Kate mencionó el libro que yo preparaba.

«¿Cómo se llama el pintor que trabajó en Estes Park?», me preguntó Kate mientras me servía más café. Y yo respondí que se llamaba Albert Bierstadt. «Ah, sí, sí», dijo ella. «Bierstadt.»

Entonces Tom Dunkel murmuró que Bierstadt era alemán y folclorizaba América, que de todos aquellos pintores Blakelock era el único que valía la pena. Los tres nos quedamos estupefactos y a mí únicamente se me ocurrió replicar que en gran medida las raíces de América estaban en Europa, a lo que Dunkel respondió dejando en suspenso un gesto enigmático y mirándome como si me quisiera provocar. Yo deduje que se trataba de un caso típico: el supuesto poeta que basaba sus méritos en una actitud de originalidad forzada y llevando siempre la contraria. De modo que me excusé y poco después salía con mi coche en dirección a Boulder.

Podría haber seguido en línea recta hacia el norte por la autovía 87 hasta Loveland y después girar al oeste, pero me pareció mejor desviarme ligeramente por otras carreteras y pasar por Lyons. Había calculado que hasta Estes tardaría más de dos horas; quería rodear el parque tanto como me fuese posible, pero como tenía que estar en casa para cenar con George y Kate... No me sobraba el tiempo, me dije, y mientras conducía me venía a la cabeza la situación incómoda que había provocado Dunkel. Era un personaje curioso, no por lo que hacía, sino por una especie de quietismo concentrado y por la expectación que eso generaba. Tampoco era extraño que mis amigos estuviesen interesados en su poesía; George y Kate estaban a medio camino entre la vida universitaria y la creación, tenían conocidos a los que querían ver como grandes artistas sin saber si lo eran o no, y siempre les habían atraído las novedades.

Me di cuenta de que la carretera 36 cruzaba una llanura limitada al oeste por las aristas puntiagudas y azules de las Flatirons, que aún eran más evidentes a la altura de Superior, donde me paré un momento para ver el lago Marshall, rodeado de colinas suaves y redondeadas, excepto aquellos perfiles lejanos y oscuros de la cordillera que hacía de contrafuerte a la gran columna vertebral de las Rocosas, las Rockies, tal y como las denominan ellos. Después, a partir de Lyons, la carretera se encaramaba entre cerros, pero de vez en cuando el paisaje se abría y veía las cumbres lejanas que gran parte del año debían de estar nevadas, o divisaba la sucesión de picos que se desdibujaban en el horizonte. A ratos circulaba entre pinos-abetos, después la pared de roca forzaba alguna curva cerrada en la carretera, pero finalmente te encaraba hacia el ancho valle del lago Estes, al fondo del cual se levantaban los pináculos gigantescos.

Cuando finalmente llegué al parque y conseguí aparcar el coche, tenía una maravillosa sensación de limpieza, de orden y de comunión con la naturaleza. Y cuando caminaba lentamente por la orilla del lago, mientras admiraba el entorno,

compartía la sorpresa y la fascinación de aquellos pintores del siglo XIX al descubrir la grandiosidad del Oeste, la fuerza asombrosa de las montañas y los ríos de Norteamérica, la diversidad de animales que la habitaban, la amplitud de los horizontes, las particularidades de las culturas aborígenes y, también, el esfuerzo de los colonos que querían poseer aquellas tierras al precio que fuera. Naturalmente, la naturaleza de este país ya no era el mundo impoluto y salvaje de ciento cincuenta años atrás, que en parte había sido domesticado, pero seguía teniendo una belleza primigenia a pesar de que alrededor del lago, por ejemplo, hubiese restaurantes, áreas de servicios y alojamientos de varios tipos.

Durante la mañana y el mediodía vi rebaños de uapitís, que son una especie de ciervos con cuernos enormes, y me sorprendía a mí mismo la necesidad que tenía de sentirme inmerso en ese mundo natural, pero también era cierto que buscaba demasiadas explicaciones razonables a mis impulsos. Me decía que los últimos meses habían sido difíciles, básicamente por las tensiones agotadoras generadas por las dudas sobre si el viaje era posible o no. Por lo tanto, no era únicamente la naturaleza lo que me atraía; en el fondo ni tan sólo eran los pintores que teóricamente estudiaba; más bien era que necesitaba alejarme de la rutina, y precisamente por eso la idea de atravesar una parte de Estados Unidos me proporcionaba una energía que me hacía revivir. No obstante, también tenía claro que aquello era un paréntesis, que huyendo no me enfrentaba a nada y que no estaba en disposición de resolver las cuestiones más duras que la separación me planteaba. De momento sólo habíamos deshecho el nudo de nuestra relación, el vínculo de la casa y todo lo relacionado con los pocos bienes materiales que teníamos. Quedaban pendientes las emociones, la vida que llevaríamos en el futuro, si seríamos capaces de ser amigos o no... Mirando el cielo luminosamente azul, los reflejos del sol en el agua del lago y la diversidad de las montañas del entorno, me reafirmaba en la idea de que la creación, el mundo, todo lo

que era, se agotaba en el propio hecho de ser, y que nosotros objetivamente no añadíamos nada esencial. Las cumbres que veía delante de mí, las enormes rocas que emergían de la vegetación, los caminos escarpados y la fuerza de la vida animal, no dependían en absoluto de mis sentimientos. Si acaso, era exactamente al contrario.

A la hora del almuerzo, fui profundamente feliz tomando una cerveza muy fría, comiendo un poco y bebiendo una gran taza de café muy suave. Dejaba que pasase el tiempo y observaba el paisaje a través de los ventanales del restaurante. No estaba solo, me rodeaban personas de edades diversas, algunas de las cuales en aquel momento me atendían y trabajaban para mí: la camarera que me servía, la mujer mayor y el chaval de color que estaban en la cocina... Y después estaban los hombres y las mujeres que visitaban Estes para hacer turismo, para conocer un sitio nuevo, para hacer senderismo, para tener otro recuerdo y unas cuantas fotografías. Pero según mi modo de ver las cosas, por lo menos aquel día, también estaban conmigo los que habían visto por primera vez aquel paraje, los que lo habían pintado y retratado, los que habían nacido y muerto allí, los que no estaban pero lo recordaban, los que tenían el proyecto de llegar aquí en un momento u otro... Y no únicamente a Estes. De hecho, cada rincón del mundo, cada lugar, cada paraje, era al mismo tiempo el que había sido, las transformaciones que había sufrido, todo lo que tenía que ser, los cambios que en él se producirían... Sabía que mi estancia en Estados Unidos no siempre sería como aquel momento mágico; habría de todo, y en la universidad quizá no encontraría las condiciones que en principio parecían probables si Henry no se hubiese ido a Los Ángeles. A pesar de ello, me decía que al día siguiente, como mucho dentro de dos días, tendría que decidir definitivamente la ruta que escogería para dirigirme a San Francisco.

Por la tarde paseé un rato por el lago. A pesar de los vehículos aparcados y la gente que veía, me sentía como Whit-

man cuando pone los codos en el mar y abarca continentes enteros con sus manos. El mundo era esta capacidad de imaginar, la determinación de quien hundiendo los pies en la arena remolca el bote tozudamente por las aguas poco profundas y teme verse rodeado de panteras, serpientes, caimanes y osos negros. Lo que había decidido era correcto, no podía renunciar a aquel proyecto, mi vida dependía de dejarme llevar o no por donde me pedía el corazón.